

Cuando tú me mirabas,
 Su gracia en mí tus ojos imprimían ;
 Por eso me adamabas,
 Y en eso merecían
 Los míos adorar lo que en tí vían.
 No quieras despreciarme,
 Que si color moreno en mí hallaste
 Ya bien puedes mirarme,
 Despues que me miraste,
 Que gracia y hermosura en mí dexaste.

ESPOSO

La blanca palomica
 Al arca con el ramo se ha tornado,
 Y ya la tortolica
 Al socio deseado
 En las riberas verdes ha hallado.
 En soledad vivía,
 Y en soledad ha puesto ya su nido,
 Y en soledad la guía
 Á solas su querido,
 También en soledad de amor herido.

ESPOSA

Gocémonos, Amado,
 Y vámonos á ver en tu hermosura
 Al monte y al collado,
 Do mana el agua pura ;
 Entremos más adentro en la espesura.
 Y luego á las subidas
 Cavernas de las piedras nos iremos,
 Que están bien escondidas,
 Y allí nos entraremos,
 Y el mosto de granadas gustaremos.

Allí me mostrarías
 Aquello que mí alma pretendía,
 Y luego me darías
 Allí tú, vida mía,
 Aquello que me diste el otro día.
 El aspirar del aire,
 El canto de la dulce Filomena,
 El soto y su donaire,
 En la noche serena
 Con llama que consume y no da pena.
 Que nadie lo miraba,
 Aminadab tampoco parecía,
 Y el cerco sosegaba,
 Y la caballería
 Á vista de las aguas descendía.

ANÓNIMO

NO me mueve, mi Dios, para quererte
 El cielo que me tienes prometido,
 Ni me mueve el infierno tan temido
 Para dejar por eso de ofenderte.
 Tú me mueves, Señor ; muéveme el verte
 Clavado en una cruz y escarnecido ;
 Muéveme ver tu cuerpo tan herido ;
 Muéveme tus afrentas y tu muerte.
 Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
 Que aunque no hubiera cielo, yo te amara.
 Y aunque no hubiera infierno, te temiera.
 No me tienes que dar porque te quiera ;
 Pues aunque lo que espero no esperara,
 Lo mismo que te quiero te quisiera.

La cierva

DOLIENTE cierva, que el herido lado
De ponzoñosa y cruda yerba lleno,
Buscas el agua de la fuente pura,
Con el cansado aliento y con el seno
Bello de la corriente sangre hinchado,
Débil y descaída tu hermosura :
; Ay ! que la mano dura
Que tu nevado pecho
Ha puesto en tal estrecho,
Gozosa va con tu desdicha, cuando
Cierva mortal, viviendo, estás penando
Tu desangrado y dulce compañero,
El regalado y blando
Pecho pasado del veloz montero :

Vuelve cuitada, vuelve al valle, donde
Queda muerto tu amor, en vano dando
Términos desdichados á tu suerte.
Morirás en su seno, reclinando
La beldad, que la cruda mano esconde
Delante de la nube de la muerte.
Que el paso duro y fuerte,
Ya forzoso y terrible,
No puede ser posible
Que le escusen los cielos, permitiendo
Crudos astros que muera padeciendo
Las asechanzas de un montero crudo,
Que te vino siguiendo
Por los desiertos de este campo mudo.
Mas ¡ ay ! que no dilatas la inclemente
Muerte, que en tu sangriento pecho llevas,
Del crudo amor vencido y maltratado :

Tú con el fatigado aliento pruebas
Á rendir el espíritu doliente
En la corriente de este valle amado,
Que el ciervo desangrado,
Que contigo la vida
Tuvo por bien perdida,
No fué tan poco de tu amor querido,
Que habiendo tan cruelmente padecido,
Quieras vivir sin él, cuando pudieras
Librar el pecho herido
De crudas llagas y memorias fieras.
Cuando por la espesura deste prado
Como tórtolas solas y queridas,
Solos y acompañados anduvistes :
Cuando de verde mirto y de floridas
Violetas, tierno acanto y lauro amado,
Vuestras frentes bellísimas ceñistes :
Cuando las horas tristes,
Ausentes y queridos,
Con mil mustios bramidos
Ensordecistes la ribera umbrosa
Del claro Tajo, rica y venturosa
Con vuestro bien, con vuestro mal-sentida ;
Cuya muerte penosa
No dexa rastro de contenta vida.
Agora el uno, cuerpo muerto lleno
De desden y de espanto, quien solía
Ser ornamento de la selva umbrosa :
Tú, quebrantada y mustia, al agonía
De la muerte rendida, el bello seno
Agonizando, el alma congojosa :
Cuya muerte gloriosa,
En los ojos de aquellos

Cuyos despojos bellos
 Son victorias del crudo amor furioso,
 Martirio fué de amor, triunfo glorioso
 Con que corona y premia dos amantes
 Que del siempre rabioso
 Trance mortal salieron muy triunfantes.

Canción, fábula un tiempo, y caso agora
 De una cierva doliente, que la dura
 Flecha del cazador dexó sin vida,
 Errad por la espesura
 Del monte, que de gloria tan perdida
 No hay sino lamentar su desventura.

GIL POLO

25.

Canción

EN el campo venturoso,
 Donde con clara corriente
 Guadalaviar hermoso
 Dejando el suelo abundoso
 Da tributo al mar potente;
 Galatea, desdeñosa
 Del dolor que á Licio daña,
 Iba alegre y bulliciosa
 Por la ribera arenosa
 Que el mar con sus ondas baña,
 Entre la arena cogiendo
 Conchas y piedras pintadas,
 Muchos cantares diciendo
 Con el son del ronco estruendo
 De las ondas alteradas:

Junto el agua se ponía,
 Y las ondas aguardaba,
 Y en verlas llegar huía;
 Pero á veces no podía
 Y el blanco pié se mojaba.

Licio, al cual en sufrimiento
 Amador ninguno iguala,
 Suspendió allí su tormento
 Mientras miraba el contento
 De su pulida zagala.

Mas cotejando su mal
 Con el gozo que ella había
 El fatigado zagala
 Con voz amarga y mortal
 De esta manera decía:

Ninfa hermosa, no te vea
 Jugar con el mar horrendo;
 Y aunque más placer te sea,
 Huye del mar, Galatea,
 Como estás de Licio huyendo.

Deja ahora de jugar,
 Que me es dolor importuno:
 No me hagas más penar,
 Que en verte cerca del mar
 Tengo celos de Neptuno.

Causa mi triste cuidado
 Que á mi pensamiento crea:
 Porque ya está averiguado
 Que si no es tu enamorado
 Lo será cuando te vea.

Y está cierto, porque amor
 Sabe desde que me hirió,
 Que para pena mayor

Me falta un competidor mul.

Más poderoso que yo.

Deja la seca ribera,

Do está el alga infructuosa:

Guarda que no salga afuera,

Alguna marina fiera.

Enroscada y escamosa.

Huye ya, y mira qué sientos

Por tí dolores sobrados;

Porque con doble tormento

Celos me da tu contento.

Y tu peligro cuidados.

En verte regocijada.

Celos me hacen acordar

De Europa, ninfa preciada,

Del toro blanco engañada.

En la ribera del mar.

Y el ordinario cuidado

Hace que piense continuo

De aquel desdeñoso alnado,

Orilla el mar arrastrado,

Visto aquel monstruo marino.

Más no veo en tí temores

De congója y pena tanta;

Que bien sé por mi dolor

Que á quien no teme al amor

Ningun peligro le espanta.

Guarte pues de un gran cuidado:

Que el vengativo Cupido

Viéndose menospreciado,

Lo que no hace de grado,

Suele hacerlo de ofendido.

Vén conmigo al bosque ameno,

Y al apacible sombrío

De olorosas flores lleno;

Do en el día más sereno

No es enojoso el Estío.

Si el agua te es placentera,

Hay allí fuente tan bella,

Que para ser la primera

Entre todas, solo espera

Que tú te laves en ella.

En aqueste raso suelo

Á guardar tu hermosa cara

No basta sombrero ó velo;

Que estando al abierto cielo

El sol morena te parace.

No escuchas dulces concertos,

Sino el espantoso estruendo

Con que los bravosos vientos

Con soberbios movimientos

Van las aguas revolviendo.

Y tras la fortuna fiera

Son las vistas más suaves

Ver llegar á la ribera

La destrozada madera

De las anegadas navés;

Vén á la dulce floresta;

Do natura no fué escasa

Donde haciendo alegre fiesta

La más calorosa siesta

Con más deleite se pasara

Huye los soberbios mares;

Vén, verás cómo cantamos

Tan deleitosos cantares

Que los más duros pesares

Suspendemos y engañamos ;
 Y aunque quien pasa dolores,
 Amor le fuerza á cantarlos,
 Yo haré que los pastores
 No digan cantos de amores,
 Porque huelgues de escucharlos.

Allí, por bosques y prados,
 Podrás leer todas horas,
 En mil robles señalados,
 Los nombres más celebrados
 De las ninfas y pastoras.
 Mas seráte cosa triste
 Ver tu nombre allí pintado,
 En saber que escrita fuiste
 Por el que siempre tuviste
 De tu memoria borrado.
 Y aunque mucho estés airada,
 No creo yo que te asombre
 Tanto el verte allí pintada,
 Como el ver que eres amada
 Del que allí escribió tu nombre.

No ser querida y amar
 Fuera triste displacer ;
 Mas ¿ qué tormento ó pesar
 Te puede, Ninfa, causar
 Ser querida y no querer ?
 Mas desprecia cuanto quieras
 Á tu pastor, Galatea ;
 Solo que en estas riberas
 Cerca de las ondas fieras
 Con mis ojos no te vea.
 ; Qué pasatiempo mejor
 Orilla el mar puede hallarse ?

Que escuchar el rui señor,
 Coger la olorosa flor
 Y en clara fuente lavarse ?
 Pluguiera á Dios que gozáras
 De nuestro campo y ribera,
 Y porque más lo preciáras,
 Ojalá tú lo probáras,
 Antes que yo lo dijera.
 Porque cuanto alabo aquí
 De su crédito lo quito ;
 Pues el contentarme á mí
 Bastará para que á tí
 No te venga en apetito.
 Licio mucho más le hablara,
 Y tenía más que hablalle,
 Si ella no se lo estorbára,
 Que con desdeñosa cara
 Al triste dice que calle.
 Volvió á sus juegos la fiera
 Y á sus llantos el pastor,
 Y de la misma manera
 Ella queda en la ribera,
 Y él en su mismo dolor.

FERNANDO DE HERRERA

26.

Por la vitoria de Lepanto

CANTEMOS al Señor, que en la llanura
 Venció del ancho mar al Trace fiero ;
 Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
 Salud y gloria nuestra.

FERNANDO DE HERRERA

Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero;
Sus escogidos príncipes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron,
Cual piedra, en el profundo, y tu ira luego
Los tragó, como arista seca el fuego.

El soberbio tirano, confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cédros más excelsos de la cima
Y el árbol que más yerto se sublima,
Bebiendo ajenas aguas y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños, confundidos
Del impio furor suyo; alzó la frente
Contra tí, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos extendidos,
Movió el airado cuello aquel potente;
Cercó su corazón de ardiente saña
Contra las dos Hesperias, que el mar baña,
Porque en tí confiadas le resisten
Y de armas de tu fé y amor se visten.

Dixo aquel insolente y desdeñoso:
«¿No conocén mis iras estas tierras,
Y de mis padres los ilustres hechos,
Ó valieron sus pechos
Contra ellos con el húngato medroso,
Y de Dalmacia y Ródas en las guerras?
¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos

FERNANDO DE HERRERA

Pudo salvar los de Austria y los germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardarlos de mi diestra vencedora?

«Su Roma, temerosa y humillada,
Los cánticos en lágrimas convierte;
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan,
Cuando vencidos mueran;
Francia está con discordia quebrantada,
Y en España amenaza horrible muerte.
Quien honra de la luna las banderas;
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas están en su defensa,

Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?
«Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
Y me dan por salvarse ya la mano,
Y su valor es vano;

Que sus luces cayendo se oscurecen,
Sus fuertes á la muerte ya caminan,
Sus vírgenes están en cautiverio,
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.
Del Nilo á Eufrates fértil y Istro frío,
Cuanto el sol alto mira todo es mío.

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima,
Prevaleciendo en vanidad y en ira,
Este soberbio mira,
Que tus aras afea en su vitoria.
No dexes que los tuyos así oprima,
Y en su cuerpo, cruel, las fieras cebe,
Y en su esparcida sangre el odio pruebe;
Que hecho ya su oprobrio, dice: «¿Dónde
El Dios de estos está? ¿De quien se asconde?»

FERNANDO DE HERRERA

Por la debida gloria de tu nombre,
 Por la justa venganza de tu gente,
 Por aquel de los míseros gemido,
 Vuelve el brazo tendido
 Contra este, que aborrece ya ser hombre;
 Y las honras que celas tú consiente;
 Y tres y cuatro veces el castigo
 Esfuerza con rigor á tu enemigo,
 Y la injuria á tu nombre cometida
 Sea el hierro contrario de su vida.
 Levantó la cabeza el poderoso
 Que tanto odio te tiene; en nuestro estrago
 Juntó el consejo, y contra nos pensaron
 Los que en él se hallaron.
 «Venid, dixeron, y en el mar ondoso
 Hagamos de su sangre un grande lago; y
 Deshagamos á estos de la gente,
 Y el nombre de su Cristo juntamente,
 Y dividiendo de ellos los despojos,
 Hártense en muerte suya nuestros ojos.»
 Vinieron de Asia y portentoso Egipto
 Los árabes y leves africanos,
 Y los que Grecia junta mal con ellos,
 Con los erguidos cuellos,
 Con gran poder y número infinito;
 Y prometer osaron con sus manos
 Encender nuestros fines y dar muerte
 Á nuestra juventud con hierro fuerte,
 Nuestros niños prender y las doncellas,
 Y la gloria manchar y la luz dellas.
 Ocuparon del piélago los senos,
 Puesta en silencio y en temor la tierra,
 Y cesaron los nuestros valerosos,

FERNANDO DE HERRERA

Y callaron dudosos,
 Hasta que al fiero ardor de sarracenos
 El Señor eligiendo nueva guerra,
 Se opuso el jóven de Austria generoso
 Con el claro español y belicoso;
 Que Dios no sufre ya en Babel cantiva
 Que su Sion querida siempre viva.
 Cual leon á la presa apercebido,
 Sin recelo los impios esperaban
 Á los que tú, Señor, eras escudo;
 Que el corazon desnudo
 De pavor, y de amor y fé vestido,
 Con celestial aliento confiaban.
 Sus manos á la guerra compusiste,
 Y sus brazos fortísimos pusiste
 Como el arco acerado, y con la espada
 Vibraste en su favor la diestra armada.
 Turbáronse los grandes, los robustos
 Rindiéronse temblando y desmayaron;
 Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
 Como la arista queda
 Al ímpetu del viento, á estos injustos,
 Que mil huyendo de uno se pasmaron.
 Cual fuego abraza selvas, cuya llama
 En las espesas cumbres se derrama,
 Tal en tu ira y tempestad seguiste
 Y su faz de ignominia convertiste.
 Quebrantaste al cruel dragon, cortando
 Las alas de su cuerpo temerosas
 Y sus brazos terribles no vencidos;
 Que con hondos gemidos se cubren
 Se retira á su cueva, do silbando
 Tiembla con sus culebras venenosas,

FERNANDO DE HERRERA

Lleno de miedo torpe sus entrañas,
 De tu leon temiendo las hazañas;
 Que, saliendo de Espana, dió un rúgido
 Que lo dexó asombrado y aturrido.
 Hoy se vieron los ojos humillados
 Del sublime varon y su grandeza,
 Y tú solo, Señor, fuiste exaltado;
 Que tu día es llegado,
 Señor de los ejércitos armados,
 Sobre la alta cerviz y su dureza,
 Sobre derechos cedros y extendidos,
 Sobre empinados montes y crecidos,
 Sobre torres y muros, y las naves
 De Tiro, que á los tuyos fueron graves.
 Babilonia y Egito amedrentada
 Temerá el fuego y la asta violenta,
 Y el humo subirá á la luz del cielo,
 Y faltos de consuelo,
 Con rostro oscuro y soledad turbada
 Tus enemigos llorarán su afrenta.
 Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
 Egicia y gloria de su confianza,
 Triste que á ella pareces, no temiendo,
 Á Dios y á tu remedio no atendiendo,
 ¿Por qué, ingrata, tus hijas adornaste
 En adulterio infame á una impia gente,
 Que deseaba profanar tus frutos,
 Y con ojos enjutos
 Sus odiosos pasos imitaste,
 Su aborrecida vida y mal presente?
 Dios vengará sus iras en tu muerte;
 Que llega á tu cerviz con diestra fuerte
 La aguda espada suya; ¿quién, cuitada,

FERNANDO DE HERRERA

Reprimirá su mano desatada?
 Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,
 Que en tus naves estabas gloriosa,
 Y el término espantabas de la tierra,
 Y si hacías guerra,
 De temor la cubrías con suspiro
 ¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?
 ¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?
 Dios, para convertir tu gloria en llanto
 Y derribar tus ínclitos y fuertes
 Te hizo perecer con tantas muertes.
 Llorad, naves del mar; que es destruida
 Vuestra vana soberbia y pensamiento.
 ¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna,
 Tu, que sigues la luna,
 Asia adúltera, en vicios sumergida?
 ¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
 ¿Quién rogará por tí? Que á Dios enciende
 Tu ira y la arrogancia que te ofende,
 Y tus viejos delitos y mudanza
 Han vuelto contra tí á pedir venganza.
 Los que vieron tus brazos quebrantados
 Y de tus pinos ir el mar desnudo,
 Que sus ondas turbaron y llanura,
 Viendo tu muerte oscura,
 Dirán, de tus estragos espantados:
 ¿Quién contra la espantosa tanto pudo?
 El Señor, que mostró su fuerte mano
 Por la fé de su príncipe cristiano
 Y por el nombre santo de su gloria,
 Á su España concede esta vitoria.
 Bendita, Señor, sea tu grandeza;
 Que despues de los daños padecidos,

Después de nuestras culpas y castigo,
 Rompiste al enemigo
 De la antigua soberbia la dureza.
 Adórente, Señor, tus escogidos,
 Confiese cuanto cerca el ancho cielo
 Tu nombre; oh nuestro Dios, nuestro consuelo!
 Y la cerviz rebelde, condenada,
 Perezca en bravas llamas abrasada.

27. *Por la pérdida del rey don Sebastian*

VOZ de dolor y canto de gemido
 Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
 Hagan principio acerbo á la memoria
 De aquel día fatal, aborrecido,
 Que Lusitania mísera suspira,
 Desnuda de valor, falta de gloria;
 Y la llorosa historia
 Asombre con horror funesto y triste
 Dende el áfrico Atlante y seno ardiente
 Hasta do el mar de otro color se viste,
 Y do el límite rojo de oriente
 Y todas sus vencidas gentes fieras
 Ven tremolar de Cristo las banderas.
 ; Ay de los que pasaron, confiados
 En sus caballos y en la muchedumbre
 De sus carros, en tí, Libia desierta,
 Y en su vigor y fuerzas engañados,
 No alzaron su esperanza á aquella cumbre
 De eterna luz, mas con soberbia cierta
 Se ofrecieron la incierta
 Vitoria, y sin volver á Dios sus ojos,

Con yerto cuello y corazon ufano
 Solo atendieron siempre á los despojos!
 Y el Santo de Israel abrió su mano,
 Y los dexó, y cayó en despeñadero
 El carro, y el caballo y caballero.
 Vino el día cruel, el día lleno
 De indignacion, de ira y furor, que puso
 En soledad y en un profundo llanto,
 De gente y de placer el reino ajeno.
 El cielo no alumbró, quedó confuso
 El nuevo sol, presago de mal tanto,
 Y con terrible espanto
 El Señor visitó sobre sus males,
 Para humillar los fuertes arrogantes,
 Y levantó los bárbaros no iguales,
 Que con osados pechos y constantes
 No busquen oro, mas con hierro airado
 La ofensa venguen y el error culpado.
 Los impios y robustos, indinados,
 Las ardientes espadas desnudaron
 Sobre la claridad y hermosura
 De tu gloria y valor, y no cansados
 En tu muerte, tu honor todo afearon,
 Mezquina Lusitania sin ventura
 Y con frente segura
 Rompieron sin temor con fiero estrago
 Tus armadas escuadras y braveza:
 La arena se tornó sangriento lago,
 La llanura con muertos aspereza;
 Cayó en unos vigor, cayó denuedo;
 Mas en otros desmayo y torpe miedo.
 ; Son estos por ventura los famosos,
 Los fuertes, los beligeros varones

Que conturbaron con furor la tierra,
 Que sacudieron reinos poderosos,
 Que domaron las hórridas naciones,
 Que pusieron desierto en cruda guerra
 Cuanto el mar Indo encierra,
 Y soberbias ciudades destruyeron;
 ; Dó el corazon seguro y la osadía;
 ; Cómo así se acabaron, y perdieron
 Tanto heróico valor en solo un día;
 Y léjos de su patria derribados,
 No fueron justamente sepultados?

Tales ya fueron estos, cual hermoso
 Cedro del alto Líbano, vestido
 De ramos, hojas, con excelsa alteza;
 Las aguas lo criaron poderoso
 Sobre empinados árboles crecido,
 Y se multiplicaron en grandera
 Sus ramos con belleza;
 Y extendiendo su sombra, se anidaron
 Las aves que sustenta el grande cielo,
 Y en sus hojas las fieras engendraron,
 Y hizo á mucha gente umbroso velo;
 No igualó en celsitud y en hermosura
 Jamás árbol alguno á su figura.

Peró elevóse con su verde cima,
 Y sublimó la presuncion su pecho,
 Desvanecido todo y confiado,
 Haciendo de su alteza solo estima.
 Por eso Dios lo derribó deshecho,
 Á los impios y agenos entregado,
 Por la raíz cortado;
 Que opreso de los montes arrojados,
 Sin ramos y sin hojas y desnudo,

Huyeron dél los hombres, espantados,
 Que su sombra tuvieron por escudo;
 En su ruina y ramos cuantas fueron
 Las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
 Murió el vencido reino lusitano,
 Y se acabó su generosa gloria,
 No estés alegre y de ufanía llena;
 Porque tu temerosa y flaca mano
 Hubo sin esperanza tal vitoria,
 Indina de memoria;
 Que si el justo dolor mueve á venganza
 Alguna vez el español coraje,
 Despedazada con aguda lanza,
 Compensarás muriendo el hecho ultraje;
 Y Luco amedrentado, al mar inmenso
 Pagará de africana sangre el censo.

DON JUAN DE ARGUIJO

28. *Al Guadalquivir, en una avenida*

TÚ, á quien ofrece el apartado polo,
 Hasta donde tú nombre se dilata,
 Preciosos dones de luciente plata,
 Que invidia el rico Tajo y el Pactolo;

Para cuya corona, como á solo
 Rey de los ríos, entretexe y ata
 Pálas su oliva con la rama ingrata
 Que contempla en tus márgenes Apolo;
 Claro Guadalquivir, si impetuoso
 Con crespas ondas y mayor corriente

Cubriéres nuestros campos mal seguros,
De la mejor ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respetas humilde los antiguos muros.

29. *La tempestad y la calma*

YO ví del roxo sol la luz serena,
Turbarse, y que en un punto desaparece
Su alegre faz, y en torno se oscurece
El cielo con tiniebla de horror llena.
El austro proceloso airado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto olimpo y con espanto truena;

Mas luego ví romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro día,

Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré, y dixé: ¿Quién sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mía?

30.

La avaricia

CASTIGA el cielo á Tántalo inhumano,
Que en impia mesa su rigor provoca,
Medir queriendo en competencia loca
Saber divino con engaño humano.

Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Eridano á su boca,

Y en vez de fruta toca el aire vano.

Tú, que espantado de su pena, admiras
Que el cercano manjar en largo ayuno
Al gusto falte y á la vida sobre,
¿Cómo de muchos Tántalos no miras
Ejemplo igual? Y si codicias uno,
Mira el avaro, en sus riquezas pobre.

31.

EN segura pobreza vive Eumelo

Con dulce libertad, y le mantienen
Las simples aves, que engañadas vienen
Á los lazos y liga sin recelo.

Por mejor suerte no importuna al cielo,
Ni se muestra envidioso á la que tienen
Los que con ansia de subir sostienen
En flacas alas el incierto vuelo.

Muerte tras luengos años no le espanta,
Ni la recibe con indigna queja,
Mas con sosiego grato y faz amiga.

Al fin, muriendo con pobreza tanta,
Ricos juzga sus hijos, pues les deja
La libertad, las aves y la liga.

BALTASAR DEL ALCÁZAR

32.

Una cena

EN Jaen, donde resido,
Vive don Lope de Sosa,
Y diréte, Inés, la cosa
Más brava de él que has oido.

Tenía este caballero

Un criado portugués...
 Pero cenemos, Inés,
 Si te parece, primero.
 La mesa tenemos puesta,
 Lo que se ha de cenar junto,
 Las tazas del vino á punto,
 Falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
 Y échole la bendicion ;
 Yo tengo por devocion
 De santiguar lo que bebo.
 Franco fué, Inés, este toque ;
 Pero arrójame la bota :
 Vale un florin cada gota
 De aqueste vinillo aloque.
 ; De qué taberna se traxo ?
 Mas ya... de la del Castillo ;
 Diez y seis vale el cuartillo,
 No tiene vino más baxo.

Por nuestro Señor, que es mina
 La taberna de Alcozer ;
 Grande consuelo es tener
 La taberna por vecinas.

Si es ó no invencion moderna,
 Vive Dios que no lo sé,
 Pero delicada fué
 La invencion de la taberna.

Porque allí llevo sediento,
 Pido vino de lo nuevo,
 Mídenlo, dánmelo, bebo,
 Págoelo y vóyme contento.

Esto, Inés, ello se alaba,
 No es menester alaballo ;

Solo una falta le hallo,
 Que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicon ;
 Hizo fin : ; qué viene ahora ?
 La morcilla, ; oh gran señora,
 Digna de veneracion !

¡ Qué oronda viene y qué bella !
 ; Qué través y enjundia tiene !
 Paréceme, Inés, que viene
 Para que demos en ella.

Pues sus, encójase y entre,
 Que es algo estrecho el camino.
 No echas agua, Inés, al vino ;
 No se escandalice el vientre.

Echa de lo tras añoje,
 Porque con más gusto comas ;
 Dios te guarde, que así tomas,
 Como sabia, mi consejo.

Mas dí, ; no adoras y precias
 La morcilla ilustre y rica ?
 ; Cómo la traidora pica !
 Tal debe tener especias.

¡ Qué llena está de piñones !
 Morcilla de cortesanos,
 Y asada por esas manos,
 Hechas á cebar lechones.

El corazon me revienta
 De placer ; no sé de tí.
 ; Cómo te va ? Yo por mí
 Sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios ;
 Mas oye un punto sutil :
 ; No persiste allí un candil ?

¿Cómo me parecen dos? Pero son preguntas viles;
 Ya sé lo que puede ser:
 Con este negro beber
 Se acrecientan los cándiles.
 Probemos lo del pichel,
 Alto licor celestial;
 No es el aloquillo tal,
 Ni tiene que ver con él.
 ¿Qué suavidad! ¿qué clareza!
 ¿Qué rancio gusto y olor!
 ¿Qué paladar! ¿qué color!
 ¿Todo con tanta fineza!
 Mas el queso sale á plaza,
 La moradilla va entrando,
 Y ambos vienen preguntando
 Por el pichel y la taza.
 Prueba el queso, que es extremo,
 El de Pinto no le iguala;
 Pues la aceituna no es mala,
 Bien puede bogar su remo.
 Haz pues, Inés, lo que sueles,
 Daca de la bota llena
 Seis tragos; hecha es la cena,
 Levántense los manteles.
 Ya que, Inés, hemos cenado
 Tan bien y con tanto gusto,
 Parece que será justo
 Volver al cuento pasado.
 Pues sabrás, Inés hermana,
 Que el portugués cayó enfermo...
 Las once dan, yo me duermo;
 Quédese para mañana.

33.

A la rosa

PURA, encendida rosa,
 Émula de la llama,
 Que sale con el día,
 ¿Cómo naces tan llena de alegría?
 Si sabes que la edad que te da el cielo
 Es apenas un breve y veloz vuelo?
 Y no valdrán las puntas de tu rama
 Ni tu púrpura hermosa
 A detener un punto
 La ejecución del hado presurosa.
 El mismo cerco alado,
 Que estoy viendo riente,
 Ya temo amortiguado,
 Prestó despojo de la llama ardiente.
 Para las hojas de tu crespón seno
 Te dió Amor de sus alas blandas plumas,
 Y oro de su cabello dió á tu frente.
 ¿Oh fiel imagen suya peregrina!
 Bañote en su color sangre divina
 De la deidad que dieron las espumas;
 Y esto, purpúrea flor, y esto ¿no pudo
 Hacer menos violento el rayo agudo?
 Róbate en una hora,
 Róbate licencioso su ardimiento
 El color y el aliento;
 Tiendes aun no las alas abrasadas,
 Y ya vuelan al suelo desmayadas.
 Tan cerca, tan unida,
 Está al morir tu vida,
 Que dudo si en sus lágrimas la aurora
 Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

Á las ruinas de Itálica

ESTOS, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora
 Campos de soledad, mustio collado,
 Fueron un tiempo Itálica famosa;
 Aquí de Cipion la vencedora
 Colonia fué; por tierra derribado
 Yace el temido honor de la espantosa
 Muralla, y lastimosa
 Reliquia es solamente
 De su invencible gente.
 Solo quedan memorias funerales
 Donde erraron ya sombras de alto ejemplo;
 Este llano fué plaza, allí fué templo;
 De todo apenas quedan las señales.
 Del gimnasio y las termas regaladas
 Leves vuelan cenizas desdichadas;
 Las torres que desprecio al aire fueron
 Á su gran pesadumbre se rindieron.
 Este despedazado anfiteatro,
 Impio honor de los dioses, cuya afrenta
 Publica el amarillo jaramago,
 Ya reducido á trágico teatro,
 ¡Oh fábula del tiempo! representa
 Cuánta fué su grandeza y es su estrago.
 ¿Cómo en el cerco vago
 De su desierta arena
 El gran pueblo no suena?
 ¿Dónde pues fieras, hay está el desnudo
 Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
 Todo desapareció, cambió la suerte
 Voces alegres en silencio mudo;
 Mas aún el tiempo da en estos despojos

Espectáculos fieros á los ojos,
 Y miran tan confuso lo presente
 Que voces de dolor el alma siente.
 Aquí nació aquel rayo de la guerra,
 Gran padre de la patria, honor de España,
 Pio, felice, triunfador Trajano,
 Ante quien muda se postró la tierra
 Que ve del sol la cuna y la que baña
 El mar, tambien vencido, gaditano.
 Aquí de Elio Adriano,
 De Teodosio divino,
 De Silio peregrino
 Rodaron de marfil y oro las cunas.
 Aquí ya de laurel, ya de jazmines
 Coronados los vieron los jardines,
 Que ahora son zarzales y lagunas.
 La casa para el César fabricada
 ¡Ay! yace de lagartos vil morada;
 Casas, jardines, césares murieron,
 Y aun las piedras que de ellos se escribieron
 Fabio, si tú no lloras, pon atenta
 La vista en luengas calles destruidas;
 Mira mármoles y arcos destrozados,
 Mira estatuas soberbias que violenta
 Némesis derribó, yacer tendidas,
 Y ya en alto silencio sepultados
 Sus dueños celebrados.
 Así á Troya figuro,
 Así á su antiguo muro,
 Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas,
 ¡Oh patria de los dioses y los reyes!
 Y á tí, á quien no valieron justas leyes,
 Fábrica de Minerva, sabia Aténas,

*Miró de todo lo que veía
 suprimido, para leerla —*

CAPILLA ALFONSO VI
 BIBLIOTECA DE LA CATEDRAL DE SEVILLA

Emulacion ayer de las edades,
 Hoy cenizas, hoy vastas soledades,
 Que no os respetó el hado, no la muerte,
 ¡Ay! ni por sabia á tí, ni á tí por fuerte.
 Mas ¿para qué la mente se derrama
 En buscar al dolor nuevo argumento?
 Basta ejemplo menor, basta el presente,
 Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
 Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento;
 Tal genio ó religion fuerza la mente
 De la vecina gente,
 Que refiere admirada
 Que en la noche callada
 Una voz triste se oye, que, llorando
 Cayó *Itálica* dice, y lastimosa,
 Eco reclama *Itálica* en la hojosa
 Selva que se le opondre, resonando
Itálica, y el claro nombre oido
 De *Itálica* renuevan el gemido
 Mil sombras nobles de su gran ruina; Y
 ¡Tanto aun la plebe á sentimiento inclina!
 Esta corta piedad que, agradecido
 Huésped, á tus sagrados mames debo,
 Les dó y consagro, *Itálica* famosa.
 Tú, si lloroso don han admitido
 Las ingratas cenizas, de que llevo
 Dulce noticia azaz, si lastimosas
 Permíteme, piadosa
 Usura á tierno llanto,
 Que vea el cuerpo santo
 De Geroncio, tu martir y prelado.
 Muestra de su sepulcro algunas señas,
 Y cavaré con lágrimas las peñas.

Que ocultan su sarcófago sagrado;
 Pero mal pido el único consuelo
 De todo el bien que airado quitó el cielo.
 Goza en las tuyas sus reliquias bellas
 Para invidia del mundo y sus estrellas.

ANÓNIMO SEVILLANO

(Probablemente Fernández de Andrada)

35.

Epístola moral

FABIO, las esperanzas cortesanias
 Prisiones son do el ambicioso muere
 Y donde al más astuto nacen canas.
 El que no las limare ó las rompiere,
 Ni el nombre de varon ha merecido,
 Ni subir al honor que pretendiere.
 El ánimo plebeyo y abatido
 Elija, en sus intentos temeroso,
 Primero estar suspenso que caido;
 Que el corazon entero y generoso
 Al caso adverso inclinará la frente
 Antes que la rodilla al poderoso.
 Más triunfos, más coronas dió al prudente
 Que supo retirarse, la fortuna,
 Que al que esperó obstinada y locamente.
 Esta invasion terrible é importuna
 De contrarios sucesos nos espera
 Desde el primer sollozo de la cuna.
 Dexémosla pasar como á la fiera
 Corriente del gran Bétis, cuando airado
 Dilata hasta los montes su ribera
 Aquel entre los heroes es contado

Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del estado.

Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Astrea fué, quanto regía
Con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía
Del inícuo procede y pasa al bueno.
¿Qué espera la virtud ó qué confía?

Vén y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será más humano y más sereno.

Adonde por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno;
«Blanda le sea», al derramarla encima;

Donde no dexarás la mesa ayuno
Cuando te falte en ella el pece raro.
Ó cuando su pavon nos niegue Juno.

Busca pues el sosiego dulce y caro,
Como en la obscura noche del Egeo
Busca el piloto el eminente faro;

Que si acortas y ciñes tu deseo
Dirás: «Lo que desprecio he conseguido;
Que la opinion vulgar es devanéo.»

Más precia el ruiseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,

Que halagar lisongero las orejas
De algun príncipe insigne; aprisionado
En el metal de las doradas rejas.

Triste de aquel que vive destinado
Á esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado.

Cese el ansia y la sed de los oficios;

Que acepta el don y burla del intento
El ídolo á quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,
Y no le pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, y ¿esperas?
; Oh error perpetuo de la suerte humana!

Las enseñas grecianas, las banderas
Del senado y romana monarquía
Murieron, y pasaron sus carreras.

¿Qué es nuestra vida más que un breve día
Do appena sale el sol cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría?

¿Qué más que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ; Oh ciégo desvarío!
; Será que de este sueño me recuerde?

; Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?

Como los ríos, que en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad, ¿qué me ha quedado?
Ó ¿qué tengo yo, á dicha, en la que espero,
Sin ninguna noticia de mi hado?

Oh, si acabase, viendo cómo muero,
De aprender á morir antes que llegue
Aquel forzoso término postrero;

Antes que aquesta miés inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano,

ANÓNIMO SEVILLANO

El otoño pasó con sus racimos,
 Pasó el invierno con sus nieves cano;
 Las hojas que en las altas selvas vimos
 Cayeron, ¡y nosotros á porfia
 En nuestro engaño inmóviles vivimos!
 Temamos al Señor que nos envía
 Las espigas del año y la hartura,
 Y la temprana lluvia y la tardía;
 No imitemos la tierra siempre dura
 Á las aguas del cielo y al arado,
 Ni la vid, cuyo fruto no madura
 ¡Piensas acaso tú que fué criado
 El varón para rayo de la guerra,
 Para sulcar el piélagosalado,
 Para medir el orbé de la tierra
 Y el cerco donde el sol siempre camina?
 ¡Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!
 Esta nuestra porcion, alta y divina,
 Á mayores acciones es llamada,
 Y en más nobles objetos se termina.
 Así aquella que al hombre solo es dada,
 Sacra razon y pura, me despierta,
 De esplendor y de rayos coronada;
 Y en la fria region dura y desierta
 De aqueste pecho enciende nueva llama,
 Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
 Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
 Y callado pasar entre la gente,
 Que no afecto los nombres ni la fama.
 El soberbio tirano del Oriente
 Que maciza las torres de cien codos
 Del cándido metal puro y luciente
 Apenas puede ya comprar los modós

ANÓNIMO SEVILLANO

Del pecar; la virtud es más barata,
 Ella consigo mesma ruega á todos,
 ¡Pobre de aquel que cofre y se dilata
 Por cuantos son los climas y los mares,
 Perseguidor del oro y de la plata!
 Un ángulo me basta entre mis lare,
 Un libro y un amigo, un sueño breve,
 Que no perturben deudas ni pesares.
 Esto tan solamente es cuanto debe
 Naturaleza al simple y al discreto,
 Y algun manjar comun, honesto y leve.
 No, porque así te escribo, hagas conceto
 Que pongo la virtud en ejercicio,
 Que aun esto fué difícil á Epiteto.
 Basta al que empieza aborrecer el vicio,
 Y el ánimo enseñar á ser modesto,
 Despues le será el cielo más propicio.
 Despreciar el deleite no es supuesto
 De sólida virtud; que aun el vicioso
 En sí propio le nota de molesto.
 Mas no podrás negarme cuán forzoño
 Este camino sea al alto asiento,
 Morada de la paz y del reposo.
 No sazona la fruta en un momento
 Aquella inteligencia que mensura
 La duracion de todo á su talento.
 Flor la vimos primero hermosa y pura,
 Luego materia acerba y desabrida,
 Y perfecta despues, dulce y madura.
 Tal la humana prudencia es bien que mida
 Y dispense y comparta las acciones
 Que han de ser compañeras de la vida.
 No quiera Dios que imite estós varones

Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones;

Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso común, cuyas entrañas
Son infaustos y oscuros monumentos.

¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura, respirando mansamente!

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!

¡Que redundante y llena de ruido
Por el vano, ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,

Sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores

En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,
Un estilo común y moderado,

Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado.

Hubo ya quien bebió tan ambicioso
Como en el vaso Múriño preciado;

Y alguno tan ilustre y generoso
Que usó, como si fuera plata neta,

Del cristal transparente y luminoso.
Sin la templanza; viste tú perfeta

Alguna cosa? ¡Oh muerte! ven callada,
Como sueles venir en la saeta,

No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor; que no es mi puerta

De doblados metales fabricada.
Así, Fabio, me muestra descubierta

Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concerta.

No te burles de ver cuánto confío,
Ni al arte de decir, vana y pomposa,

El ardor atribuyas de este brío.
¿Es por ventura menos poderosa?

Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar, la ira á las espadas,

Y la ambición se ríe de la muerte.
Y no serán siquiera tan osadas

Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé; rompí los lazos.

Vén y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

LUPERCIO LEONARDO

DE ARGENSOLA

36.

Á la esperanza

ALIVIA sus fatigas
El labrador cansado

Cuando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas

Del agosto abrasado
Y en los lagares ricos del octubre;

La hoz se le descubre
Cuando el arado apaña,